

hace al capital mobiliario, acapara la mayor parte de los frutos de la producción.

Ahora bien, ¿es exacta esta crítica de la organización actual? ¿No sobrepasa los límites de la verdad? Sin duda alguna. Su más profunda equivocación en el examen de los problemas actuales está en desconocer su complejidad e interdependencia, en disociar los diversos elementos de que se componen, en dirigir a un punto aislado sus ataques, en la esperanza, de que una vez abierta la brecha, se desplomará el edificio entero. Desconocen los socialistas los efectos de la ley de compensación, que juega un papel muy importante, en la fenomenología social. ¿Pero es que no se sabe que hay en el cuerpo social, como en el físico, una «via medicatrix» que encuentra en sus propias heridas el remedio a sus males?

Así por ejemplo, el principio, tan desacreditado por los socialistas, de la concurrencia, no produce sólo resultados desfavorables. La concurrencia tiende, en efecto, a reducir los salarios, por el acrecentamiento del número de brazos destinados a la producción, por la superioridad de la oferta sobre la demanda; pero este resultado tiene su contrapartida en el desarrollo mismo de la producción, que hace afluir sobre todos los mercados una mayor cantidad de productos y disminuye los precios de los objetos dedicados al consumo. Bajo el imperio de la concurrencia se realiza este doble fenómeno: de una parte los salarios bajan—lo que no siempre es una consecuencia inevitable—, pero de otra el precio de las subsistencias disminuye para el obrero.

La primera condición del bienestar para el obrero se encuentra menos en la elevación de los salarios que en la libertad de cambio, que permite obtener a bajo precio las mercancías precisas, provengan de la